

EL BIEN Y EL MAL

www.centroestudiosangelicos.com

El Bien y el Mal no existen, son solo una interpretación subjetiva que hacemos de la realidad en base a una serie de valores, estímulos y factores que hemos adquiridos internamente y que, la mayoría de las veces, no nos damos cuenta de que provienen de nuestro interior y no de fuera,

El bien y el mal está en nuestro pensamiento, y no en la realidad que nos rodea.

Nos hemos creado una escala de valores, *“un inventario de la realidad”* al que acudimos cada vez que nuestro pensamiento se activa y en el que encasillamos la descripción que surge en nuestra mente producida por un hecho externo o por una onda interna. No siempre es algo externo lo que nos produce el pensamiento.

Al acercarnos con esa *“subjetiva descripción de la realidad”* a la que hemos llegado a nuestro *“inventario”* nos encontramos con que este se divide en *“bueno, malo, y ni bueno ni malo”*. A lo largo de la vida encasillamos sensaciones, situaciones, interpretaciones y estímulos en una u otra columna y después, sólo tenemos que acercarnos a la casilla que más empatía nos cree con el suceso actual. Inmediatamente surge el juicio y aparece la dualidad.

Pero ... ¿qué ocurre cuando nos damos cuenta de que este proceso es erróneo? ¿cuando observamos que el *“inventario personal”* puede variar tanto de una persona a otra que, una considere un hecho negativo el matar a un semejante, y lo considere positivo simplemente porque su escala de valores se base en unos criterios distintos, le haya tocado vivir en otro tiempo, o eso esté bien visto?

Y ¿qué ocurre cuando, a igual hecho, nos damos cuenta de que nuestra valoración es distinta según nos haya surgido un pensamiento u otro con respecto a él, o no nos haya surgido ninguno..?

La meditación busca precisamente este objetivo. El pensamiento surge, interpreta una realidad subjetivamente, se acerca a la *“escala de valores”* y juzga: bien o mal. Pero ... y aquí empieza la meditación, en vez de dar crédito a este juicio dual le ignora, le observa hasta que desaparece igual que apareció. Ignora el pensamiento, no el hecho. Vive el hecho sin interpretarlo.

¿Acaso no nos quieren decir esto los ángeles, cuando leemos ...

“Ni es Santo el que hace bien, ni es demoníaco el que hace mal. Os digo que Santo es tan sólo el que en su interior carece del sentido del bien y el mal.”

¿Acaso no nos dicen que si haces el bien no eres santo, sino que lo eres cuando “haces” sin valorar el acto, por lo que “no has hecho bien”, simplemente ... has hecho? ¿No es el hecho de pensar “he hecho bien ...” entrar en la dualidad ya que, si ahora hemos “hecho bien” es porque otras veces “hacemos mal”?

“El bien y el mal no existen, sino que son la torpe elección del ser humano que no es capaz de discernir lo suficiente y unirse a la divinidad para reintegrarse a lo que un día fue”.

¿Podrían estar diciéndonos que la dualidad está en el juicio final que hacemos del acto,

totalmente subjetivo, y no en el acto en sí mismo.

“Nosotros -los ángeles- no estamos para hacer el bien o el mal, sino justicia. Así pues no cabe discernir la consciencia del bien y el mal cuando con ellos se opera. Siempre obraréis bien a los ojos de unos y mal a los de otros según sus propios intereses y conveniencias.

Lo único real es la verdadera justicia guardada celosamente dentro de vuestro corazón, y éste es el cordón umbilical que os une a Dios Nuestro Creador.

Cuando obráis con esta justicia -casi siempre antepuesta a los intereses humanos- el veredicto nunca será desacertado ni injusto, sino que será capaz de hacer el bien a quien se lo merece y el mal a quien con estas armas quiere jugar.”

¿Qué ocurre cuando una persona hace el bien y ayuda a los demás evitando el mal?
¿Estaría fuera de la dualidad?

“Debéis saber que no solamente de “bien” se compone Dios, porque es Perfección sin antagonismos ni justicias en diferentes sentidos. Todo, tanto el bien como el mal, se une intrínsecamente para ser lo que los creó. Dios Uno.

El hombre que no tiene conocimiento opera en uno u otro lado de los opuestos, porque desconoce que no existe dualidad en la Perfección. Así creó una vez más, un mundo donde todo es dual y opuesto, donde se adora a uno y desprecia al otro, ignorando que ambos se atienen a la justicia y son criaturas servidoras del Único Dios.”

... Cuando actuamos con la mente, con la razón, hacemos bien o mal, buscamos uno y evitamos otro. Nuestra mente emite el juicio y si nos fijamos, no es necesario que haya ocurrido algo grave para juzgar, juzgamos por inercia, hasta la más mínima cosa. Saludamos a alguien .. “hice bien o mal”; no saludamos ... “hice bien o mal”. Si nos damos cuenta de esto, vemos que el juicio es un proceso de nuestra mente y que siempre se lleva a cabo. ***“Para vosotros los hombres, todo está dividido en dos polos que la mente os muestra como opuestos”.***

Pero ... ¿qué ocurre cuando una persona hace algo que aparentemente está mal?
¿debería siempre intentar evitarlo?

“Observad lo que bien le plujo hacer a Dios Nuestro Señor, que bendecía a unos pueblos y maldecía a otros. Observad lo que bien le plujo hacer a Jesús el Nazir que, siendo Dios encarnado, bendecía a unos y maldecía a otros como maldijo la higuera que no dio fruto. ¿Pensáis que hacía bien o mal?

Pues os equivocáis porque ninguna de las dos hizo. Simplemente lo hizo porque en sí existe la Justicia. Tened a bien el ejemplo del propio Dios, que es el único Maestro, y no el ejemplo de los hombres que se han levantado contra Dios y no comprenden sus actos justos.”

Entonces nos surge una duda ... si no hay que “hacer el bien” ni “hacer el mal” ... ¿que ocurre, nos da igual todo?

Nada más lejos de la realidad. Cuando nuestros actos salen del corazón tienden a establecer el orden divino basado en el amor, la comprensión y la entrega desinteresada a los demás.

Una persona se halla en la dualidad siempre que se produzca un juicio en su interior

independientemente del acto que ejecute. Si tus actos son “buenos” volverán a ti como ondas en un estanque que rebotan en la pared y retornan al centro de donde partieron con la misma intensidad y sentido que llevaban. Si son “malos” volverán igual y sufrirás si no logras trascenderlos, pero seguirás estando en la dualidad siempre que califiques tus actos “buenos o malos”.

“ ... el que obra con la única consciencia del Bien o el Mal se encuentra enfrentado con Dios, que carece de esta Consciencia antagónica por lo que es servidor de la Adversidad.”

Nos enseñan que existe la Justicia Divina albergada en nuestro corazón, íntimamente unida a nuestra consciencia y que es la voz de Dios. Y en esta justicia solamente existen actos tendientes a un fin: *“ser Dios y estar en Dios”*.

Y que estos actos simplemente *“Son”*. Y no se oponen, sino que se complementan formando un Todo. Y este Todo es la unión de los opuestos, es el dar la mano y retirarla, el reír y llorar, el bendecir y el maldecir ... siempre escuchando la voz de la conciencia que es Dios y desoyendo esa *“razón perecedera”* que nos separa de ella.

Pero ... ¿cómo podemos salir de la dualidad, trascenderla? La meditación nos dice que con la observación ese juicio va perdiendo fuerza hasta que desaparece...

“Pero el que busca encuentra al final su identidad, cuando es capaz de unir en una sola cosa lo que fue separado: bien-mal, pero no practicándolo, sino ignorándolo.”

Al ignorarlo, al trascenderlo con la observación llegamos a la no separación de los dos polos (bien-mal, ying-yang), llegamos a integrarlos.

“Él os dijo: “El que conmigo está en el Bien, está en el Mal”. Pues sabed que para vosotros -el Efecto Verdadero y Puro- en todo lo malo existe algo bueno y en todo lo bueno existe algo malo, como en todo hombre existe algo femenino y en toda mujer algo masculino”.

En nosotros convergen dos cosas: un *“diálogo interno constante”* (razón, mente) que nos mantiene en la dualidad y nos separa de Dios. Que damos vida al hacerle caso (al no ignorarlo) y que ha formado en nosotros el “Ego”, el “Yo soy” del que nacen todas las virtudes antagónicas a las de Dios, y que no nos permite oír la otra parte: “La Consciencia”.

Ésta se halla dentro de nosotros, en nuestro corazón, siendo la voz interna que nos habla constantemente y nos muestra los actos justos a ejecutar en cada momento, blancos o negros, ying o yang, sin diferenciar entre ellos, sin dualidad.

Si logramos oír a nuestro corazón, nuestros actos son de amor y entrega hacia los demás y hacia todo el universo, olvidándonos de nosotros mismos, de nuestro “Ego” que clama por su existencia: *“El Bien no necesita de intermediarios porque está en el corazón de todas las criaturas.”*

Y ahora comienza el trabajo de cada uno, el auténtico trabajo donde lo que recibimos de fuera llega a nuestro interior y se transforma en un conocimiento propio, que es el único que vale y que nos ayudará a trascender la dualidad. Meditemos sobre el mensaje de los ángeles, llevémoslo a nuestro corazón y que de él salga la justicia que nos llevará a actuar conforme a la Ley de Dios.